

Sibylle Lewitscharoff

Blumenberg

Traducción de Claudia Baricco



Adriana Hidalgo editora

Lewitscharoff, Sibylle
Blumenberg - 1ª ed.
Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2013
270 p.; 19x13 cm (narrativas)
Traducido por: Claudia Baricco

ISBN 978-987-1923-17-5

1. Narrativa alemana I. Baricco, Claudia, trad. II. Título
CDD 833

narrativas

Título original: *Blumenberg*
Traducción: Claudia Baricco

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta original: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Suhrkamp Verlag Berlin 2011
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2013
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1923-17-5
ISBN España: 978-84-15851-01-1

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

La traductora agradece al Colegio Europeo de Traductores de Straelen
y a la Kunststiftung NRW por el apoyo brindado.

Esta edición se terminó de imprimir
en -----, Buenos Aires,
en el mes de mayo de 2013.



La traducción de esta obra fue subsidiada por el Goethe-Institut,
que cuenta con el apoyo financiero del Ministerio Federal de
Relaciones Exteriores de Alemania.

Para Bettina Blumenberg

EL LEÓN I

Blumenberg acababa de tomar un nuevo casete para introducirlo en el grabador, cuando alzó la mirada de su escritorio y lo vio. Grande, amarillo, respirando; sin lugar a dudas un león. El león lo miró a él, tranquilo lo miró desde donde estaba echado, pues el león estaba echado sobre la alfombra de Bucara, a escasa distancia de la pared.

Debía de ser un león ya mayor, quizás ya no más en posesión de todas sus fuerzas, pero sí dotado de la particular facultad de estar allí. Eso recién lo percibió Blumenberg como mínimo a segunda vista, mientras aún luchaba por mantener el control. Perder la compostura, precisamente en un caso como este, es lo que de ningún modo se debe hacer, se dijo Blumenberg, y quizás no formuló la frase de una manera tan correcta, si bien incluso cuando armaba frases mentalmente, Blumenberg solía cultivar una férrea disciplina, pues se había acostumbrado a formular frases ordenadamente y no, digamos, de modo atropellado, y de hecho lo hacía de forma casi tan ordenada como lo hacía corrientemente al hablar, así tuviese ante él un grabador encendido o las orejas de un niño.

Blumenberg supo de inmediato que en este caso era mucho lo que se podía hacer mal y sólo una cosa era la correcta: esperar y mantener la compostura. Supo también que en la figura de aquel león se le tributaba un honor extraordinario, como si se le hubiese hecho entrega de la notificación de una distinción honorífica proveniente de altísimas instancias, preparada muy de antemano y concedida tras minucioso examen. Evidentemente se consideraba que Blumenberg, a su ya algo avanzada edad, sabría componérselas con aquello sin problemas.

Lo único curioso era que del león no emanaba nada vago, evanescente, nada que fuera una mezcla de átomos de león y de aire; su contorno no se veía tembloroso en el vaivén de las ondas que atravesaban los pensamientos de Blumenberg; no había relampagueantes neuronas espejo con cabeza de león pululando por la cristalina y ondulante imagen de una alucinación. El león estaba allí. Tangible, peludo, amarillo.

Aunque él mismo se exhortase a ofrecer una imperturbable imagen modelo de la calma, su corazón latía enloquecido. ¡Un león! ¡Un león! ¡Un león!

Claro que no le daba miedo. No tenía el aspecto de un león escapado de un circo. Por una parte, a Blumenberg lo protegía el grande y pesado escritorio tras el cual se hallaba sentado; por otra parte, este león estaba echado allí absolutamente tranquilo y no se comportaba en modo alguno como un turbado animal que se ha fugado

y menos como un nervioso devorador de cristianos. A Blumenberg le dieron ganas de decir: Soy católico, me puedes comer tranquilo, pero prefirió guardarse semejante frivolidad y miró al león con un gesto que debía indicar expectante cortesía, aunque resultó un tanto demasiado cargado de curiosidad. Quizás su manera de mirarlo lo hiciera sentirse aguijoneado, pensó Blumenberg, que era consciente de su ígnea mirada.

Los ojos color cerveza del león lo examinaban con recogida calma leonina, o mejor dicho, realmente no lo examinaban a él, más bien miraban a través de Blumenberg, miraban algo que se hallaba detrás de él, quizás detrás de la biblioteca, quizás detrás de los muros de la casa, quizás detrás del municipio de Altenberge y de la ciudad de Münster, miraban algo que en ese año 1982 se hallaba muy lejos en el tiempo.

Su corazón latía aún como un pequeño aparato fuera de control.

Conversar con un león era algo en lo que Blumenberg carecía de práctica. Hasta aquel momento nunca había tenido oportunidad de hacerlo. Hablar con su querido Axel, su collie blanco, eso sí siempre le había resultado fácil a Blumenberg. Axel lo había seguido paso a paso a todos lados; acariciarle el largo y abundante pelaje del collar del pecho, rascarle suavemente la nuca había sido para Blumenberg un placer gracias al cual le hablaba con toda naturalidad casi como un amante ingenuo, como si estuviera un poquito loco,

si bien –a diferencia de otros amantes de los perros– siempre con una notable corrección.

Blumenberg dudó de que existiera la posibilidad de conversar con el león. No se trataba de que él se levantara para acariciarle y sobarle vigorosamente la melena. El león no parecía necesitado de ningún gesto cariñoso. Si bien no le daba miedo, a Blumenberg el león le inspiraba un gran respeto.

El león ha venido a mí porque yo soy el último filósofo que sabe honrarlo, pensó Blumenberg. Ante este pensamiento se sintió desfallecer, por un instante debió cerrar los ojos ante tamaña grandeza que le había sido depositada sobre la alfombra con tal naturalidad; un desafío de la noche, tarde, a las tres y cuarto de la mañana, tal como pudo comprobar cuando echó un vistazo al reloj al volver a abrir los ojos.

Ni un olor raro ni un mal olor emanaban de este león, el león olía discretamente a león; era ese olor apenas perceptible pero que aún puede sentir la nariz de alguien que ama a los leones y que, tras una visita al zoológico, se esfuerza por evocar el olor del felino. Con todo derecho Blumenberg podía afirmar de sí mismo que era un amante de los leones, pese a que su olor no era algo que le hubiese preocupado mucho hasta aquel momento. Aquel audaz picor olfativo que flotaba como evanescente y ahora comenzaba a inundar su gabinete, que se sentía al inspirar y volvía a desaparecer con el próximo aliento excitó los sentidos de Blumenberg.

Lo asaltaron poderosos pensamientos, de una plasticidad desconocida para él; era como si saltaran todas las persianas de su armario blindado y salieran volando como atomizadas las treinta y seis mil seiscientos sesenta fichas escritas a máquina que guardaba allí, pero no en su forma de cartoncitos, sino como si se hubieran desligado de las letras y de las anotaciones y fueran peliculillas de imágenes que iban penetrando en su cabeza.

Calma, por favor. Juicio. Al nervio de un problema, al nervio de una imagen sólo se llega si se toma con toda calma la imagen, el problema por separado y se lo examina. ¿Quién era el león? Tal fue el esfuerzo que debió realizar Blumenberg para levantar una defensa contra la marea de imágenes que le sobrevino que se sintió ligeramente sobreexcitado.

El falso león de Ágave. La fábula de la reunión del consejo del rey león. El león del salmista, rugiente. El león que desapareció para siempre de la tierra de Canaán. El animal simbólico de San Marcos Evangelista. Santa María Egipcíaca y el león que ayuda a enterrarla. El pío animal de San Jerónimo en su gabinete. ¿Quién era el león?

Su memoria debía hacer una pasada en modo rápido a toda la Biblia, pues era allí donde se presentaban y retiraban las insignias de poder del león; Blumenberg se ordenó hacerlo. Debió confesarse, empero, que su memoria, que normalmente funcionaba de manera intachable, mejor que la de cualquiera que conociera, en

ese momento no se hallaba en condiciones de hacer un examen profundo de la cuestión.

Si bien sólo habían transcurrido unos instantes desde que apareciera el animal, a Blumenberg este ya le inspiraba confianza aunque aún no se podía prever qué tipo de relación habría de surgir entre ellos, si duradera o no. Es sorprendente que ya vea germinar en mí la esperanza de que nuestra relación pueda perdurar, pensó Blumenberg. Por unos momentos se imaginó que el león, que tenía la boca apenas un poco abierta, le estaba sonriendo.

¿La edad? Era un león viejo, viejísimo incluso, con seguridad más viejo que lo que llegaría a ser jamás un león en libertad. Blumenberg lo constató con pesar. En sus años mozos y en su mediana edad habría tenido una melena imponente, ahora se veía toda deshilachada. Le sobresalían los huesos de la columna y la tenía un poco hundida, largos y oscuros surcos lagrimales descendían desde los ojos del león hacia los lados; tan sólo ver cómo respiraba y se contraía su vientre cada vez que lo hacía, como si cada vez tuviera un pequeño calambre, resultaba preocupante.

¿El león no habrá venido acaso para morir en mi alfombra?, se preguntó consternado Blumenberg. Las altas instancias querían burlarse de él y le habían enviado aquel mal chiste de león. Pero este pensamiento volvió a desvanecerse tan pronto como había surgido. No, Blumenberg sentía simpatía por el león, y cuando

lo reconoció, enseguida confió en el poder de la simpatía como favorecedora del conocimiento. De repente se sintió cobijado en un cálido sentimiento que surgía de su interior y que apenas si se distinguía de la arrogancia. Él era el asceta ejemplar que se había ganado su león. Había trabajado noche tras noche tras noche, se dijo Blumenberg lleno de orgullo, y ahora recogía la recompensa, que era el león.

Imposible sentirse como María Egipcíaca. Hacía falta el desierto, hacían falta los desenfrenos y las bacanales a los que se había entregado antaño aquella María tan especial, y por supuesto su conversión. Blumenberg no se había entregado jamás a tales excesos corporales, no había tenido que convertirse y no era mujer. Tampoco le resultaba simpática la idea de yacer con sus secos restos mortales en el desierto, sobre él un león como guardián de su tumba.

¿Y Ágave? ¡No! ¡Qué tontería! Confundir al propio hijo con un león y despedazarlo en el delirio menádico era algo a lo que sólo podía dejarse llevar una mujer venida al mundo en la Grecia salvaje, más exactamente: la mujer en su expresión más aguda: la madre de la Antigüedad.

Aunque el león que tenía delante no se hallaba de ningún modo en estado de ensoñación y no cabía duda de que su cabeza de ancho morro era una auténtica cabeza de león tras la cual no se ocultaba, por ejemplo, la cabeza de un gato (y que el león seguía mirando como a

través de él), poco a poco se fue apoderando del filósofo una sensación como de encontrarse en un apacible gabinete. Recordó el famoso grabado de Durero. Es cierto que en su gabinete, el de Blumenberg, faltaba el reloj de arena, faltaba el pequeño atril, faltaban las ventanas con cristales corona y la calavera sobre el alféizar de la ventana y que, en lugar del artesonado de cálida madera, había estanterías con libros que llegaban hasta el techo y alfombras, pero que aquel era un gabinete estupendamente aislado del resto de la casa, eso sí que era innegable. Además era de noche. Las horas en las que uno podía retirarse absolutamente del mundano ajetreo, en las que a lo sumo algunos insomnes daban vueltas en la cama y sólo muy pocas personas se encontraban llevando a cabo sus tareas.

Pese a todo Blumenberg comenzó a dudar. Si ahora cerraba bien los ojos y contaba hasta sesenta —se había acostumbrado a ir acompañando el conteo con un movimiento apenas perceptible de los dedos— y luego volvía a abrirlos, probablemente el león habría desaparecido. Una alucinación, no era más que eso.

Blumenberg cerró efectivamente los ojos y contó, pero en la turbación no hasta sesenta, sino por error sólo hasta cincuenta y ocho, y le costó mantener los ojos cerrados tanto tiempo.

Abrió los ojos. El león seguía allí.

Blumenberg sintió ganas de salir de detrás del escritorio. Afuera brillaba la luna. Ante las alargadas ventanas

se recortaban los negros esqueletos de los rosales. Quizás debía abrir un batiente de la ventana y dejar entrar de una vez el aire fresco.

Pese a que parecía bueno, ¿podría el león hacerle algo?, ¿sería peligroso darle la espalda?, se preguntó Blumenberg mientras se levantaba de la silla casi en cámara lenta, daba media vuelta a su escritorio y lenta, mucho más lentamente que de costumbre se dirigía a la ventana.

¿Peligroso? No, seguro que no. Blumenberg permaneció unos instantes junto a la ventana aspirando el aire fresco de la noche, aunque, eso sí, con la espalda tensa. Cuando se volvió, el león seguía allí.

Ya era hora de destapar una botella de Bordeaux. Había que celebrar el acontecimiento, brindar con una copa de vino por la aparición del león. Blumenberg, empero, fue el único que tuvo la copa llena; en su estudio hubiera buscado en vano una copa para un huésped. Pero tampoco el león era un animal tan hogareño y que hiciera tantas monadas como para poder sostener una copa en la pata y alzarla a la salud de Blumenberg.

El león, que ahora le dio la impresión de que había inclinado un poco la cabeza, pero que continuaba mirando impertérrito a través de él, cubría dieciséis, diecisiete, ¿o eran diecinueve? pies de elefante de la alfombra de Bucara, uno de los pocos bienes que había heredado de su padre. Al elegir echarse sobre esa cálida base, el león se comportaba como un perro casero. Posee sentido de

la simetría, pensó Blumenberg al ver que el león se había colocado casi exactamente en el centro de la alfombra, y, por si esto fuera poco, parece que posee sentido estético. La alfombra era el objeto más valioso del estudio de Blumenberg, con claros pies de elefante sobre un fondo rojo intenso y un degradé de tonos que iba del azul al verde y al negro; realmente una pieza exquisita.

Aunque no había nada que criticarle a su estudio, Blumenberg lamentó no disponer de un espacio tan glorioso como el que había pintado Antonello da Messina. La memoria de Blumenberg, que ahora volvía a funcionar de manera intachable, evocó con fabulosa precisión el cuadro del maestro italiano, pintado en un fuerte claroscuro a la manera de los pintores flamencos: allí el ojo observa a través del marco de una abertura de piedra sobre cuyo antepecho hay un pavo real, una escudilla de cobre y una codorniz. En el espléndido interior, una escalerilla, uno, dos, tres escalones de la Santísima Trinidad que conducen a una tarima. El santo sabio de fluida dalmática púrpura de terciopelo y gorro de terciopelo rojo, hojea con los brazos extendidos un volumen que tiene abierto sobre el plano inclinado de un pupitre. A la izquierda, una mágica vista a través de una ventana. Un paisaje de colinas con cipreses aislados. Y a la derecha, detrás de la tarima donde se halla el sabio, surgiendo de la oscuridad, un escuálido león. No, no un león con patas de león y anchas zarpas, sino uno con delgadas patas de galgo, para correr. Probablemente Antonello no había visto un león en su vida.

Blumenberg amaba ese cuadro. Esos dignos y solitarios personajes a quienes bastaban sólo unos pocos libros, puesto que era sabido que siempre volvían a estudiar una y otra vez los mismos, sobre todo obviamente la Biblia; sus opulentas habitaciones con vistas a un exterior bien ordenado, ¡el retiro que deviene gloriosa comodidad! El carácter escénico del arreglo, la tarima elevada, respondía al fin de separar al sabio del piso de baldosas, de ese artístico piso, como si el sabio estuviera menos sujeto a la fuerza de gravedad, como si el suelo sobre el que pisara no fuera un suelo de la vida común, sino un suelo espiritual sobre el cual los pensamientos se elevaran cada vez más y más. ¿El manto rojo indicaría acaso la elevación del corazón del sabio eremita? Lo que no estaba pintado, obviamente, era la corriente de aire que se formaría al calor abrasador del mediodía entre la gran abertura del frente y las ventanas traseras y que hubiera hecho volar los papeles y los hubiera hecho caer trazando espirales. Por un momento Blumenberg se imaginó al divertido león cazando y atrapando papeles, pero de inmediato puso fin a las frases que querían ir formándose en su interior al respecto, pues no quería perderse en boberías.

Volviendo al león propio. Pese a su memorable aparición, sucedida hacía apenas una media hora, a Blumenberg le pareció indicado no renunciar en modo alguno a sus hábitos, ni siquiera en este caso extremo en el que aún sentía el corazón en la garganta. Ya el león lo

había alterado de tal modo que no había podido grabar la cantidad usual de texto para su secretaria; aquello ya era suficiente desvío de la norma. Puso el casete lleno en un sobre y no dejó que –león más, león menos– este lo turbara impidiéndole escribir con letra bien legible, aunque con mano algo temblorosa, la dirección de la universidad y luego pegarle un sello; tomó su abrigo y con la vista fija en el animal como si quisiera clavarlo en la alfombra, salió por la puerta que daba al jardín.

Afuera encendió un cigarrillo; también en contra de lo que era su costumbre, pues por lo general solía recorrer el camino al buzón y de vuelta a casa a paso redoblado; fumar sólo le quitaba tiempo. Esta vez, marchó agitado por las calles escasamente iluminadas –como era usual a esa hora no había nadie en la calle, hasta los coches estacionados bajo los conos de luz de los faroles parecían dormir–, pero lo hizo de hecho más lentamente que de costumbre, para poder examinar nuevamente en calma en el aire de la noche lo que le había sucedido en la última hora.

Me han tendido una emboscada, pensó, me han colocado frente a un engaño fundamental para poner a prueba mis facultades intelectuales.

Cuando llegó de regreso, el león ya no estaba.

Blumenberg se quedó largo rato con la mano en el picaporte de la puerta del jardín ya cerrada. ¿Acaso aquel era un león de fábula, ese *león ausente* que no constituía parte de *lo que acaece*, esto es, que por ende nunca

jamás constituiría parte del mundo? Pero, pero, pensó Blumenberg, este león denegador del mundo tan distinto sí entra *en algo* y con ello constituye de un nuevo y diferente modo *lo que acaece*.¹ Los juegos lingüísticos de los nombradores del mundo regresan al león a la existencia y a la vida, murmuró en voz baja para sus adentros.

Satisfecho con la expresión *nombrador del mundo*, que sin problemas acuñó para sí mismo, Blumenberg se fue a la cama.

¹Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus* [N. de la T.].